

## Juntas

*No eres débil ni cobarde; fuiste una luchadora sin percartarte y jamás te retirabas de la batalla. Tal vez no la entendías o simplemente distaba ser lo que necesitabas, pero eso no te frenó a perseguir tu sueño, dulce niña. Con cada paso que das muestras tu resiliencia, tu lealtad a ti misma sin dejar que otros te humillen con palabras, con gestos o miradas; te levantas cada día, abrazas a ese peluche que reposa en el regazo, y le pones una sonrisa a la vida a pesar de las lágrimas que no terminan de atreverse a aparecer.*

*Aquí estás, luchando, aunque cueste verlo, enfrentándote a retos que ninguna niña debería, pero eso te hará fuerte, podrán torcer tu tallo, pero no dejes que arranquen tu raíz. Porque vales y no porque lo diga yo, sino por el mero hecho de existir ya te hace única, esos oscuros y hermosos ojos con los que me miras un día entenderán que no siempre lo que dice un adulto es la entera verdad.*

La niña, sentada en la sala de espera del **Hospital de Fuenlabrada**, había estado llorando, esperando a que su enfermero la atendiese tras esperar en la sala. Pero había sido la mujer de su lado quien había hablado. Una joven que sujetaba con fuerza un desgastado **libro** vio entrar a la pequeña, sola, ataviada tan solo por un pálido vestido amarillo cubierto por flores, pero no fue la coloreada prenda lo que la incitó a hablar con ella sino ese rostro surcado por las lágrimas. Pero ahora la miraba de forma indescifrable, directamente a los ojos y sin saber cómo ni porqué, la mujer sintió también unas fuertes ganas de correr.

- Me hablas con hermosas palabras, eres tierna y amable, no dudaste en ayudarme – comentó, sorprendiéndola –. Pero me pregunto porqué no te dices lo mismo cada vez que te miras al espejo.

La miró sin palabras que acudiesen a su mente, perdida tras la breve pregunta y, nuevamente, se sintió dolorida al observar a la niña había algo en ella que la ahogaba, que la hundía.

- ¿Por qué no te amas cuando ves tu reflejo? – siguió, más segura, las marcas del llanto aún por sus mejillas –. ¿Por qué no ves a la niña que caminó sola sin rendirse, sin dejar de soñar? Te hicieron daño, pero ¿cómo enfrentare sin herramientas? ¿Cómo vencer al dragón sin

espada? Pero lo hiciste – dijo, con una sonrisa –. Avanzaste, tal vez perdida por el camino, pero la incertidumbre no frenó tus pies. Hiciste lo que pudiste con lo que tenías, ¿por qué te culpas cada día?

La pequeña hablaba desde el corazón, observando a la cada vez más sorprendida mujer.

- Cada día es un reto, cada día lo afrontas. Te esfuerzas por ti, por tu salud, por ser la mujer que deseaste y luchaste; convertirte en el roble que fuiste regando, cuidando; lleno de marcas y golpes por quiénes te desearon mal, pero eso son ahora las cicatrices de toda una historia llena de aventuras, pérdidas, sonrisas y lágrimas, descubrimientos y, aunque llena de soledad, jamás dudaste en compartir tu frondosa copa justo como ahora. ¿Cómo pues sentirte tan horrible si yo sólo veo a alguien increíble?

La niña, parecía frustrada y enfadada pero no era la única que ahora lloraba. Silenciosas lágrimas habían nacido de los ojos de la anónima persona que había visto a la pequeña y su instinto fue el de ayudar. Pero ahora era su propio corazón el que dolía, el que gritaba, contemplando, con renovada mirada a esa niña que con conocimiento hablaba, la entendía, la conocía. Pero ¿cómo era eso posible?

- Piensas en otros antes que en ti, pero ni eres menos ni un error, eres una mujer que sufrió, y que sufre cada día, pero aun así caminas a pesar de tu pesada mochila. Tienes tiempo para palabras amables, para un abrazo o una risa. ¿Por qué te odias tanto? ¿Por qué te ves tan mal? ¿No te acuerdas de mí? Llevamos mucho tiempo juntas, tal vez no me veas, pero yo a ti sí, puede que sea una parte anterior de tu camino, pero formo parte de tu presente y si me has hablado desde el corazón sin conocerme ¿porqué no lo mantienes sabiendo que somos las mismas?

Ahora no había forma de esconder la tristeza que nacía de heridas tan profundas que no existía máquina que pudiese verlas, tratarlas y aún menos, comprenderlas. Doblándose y tapándose el rostro con las manos lloró. Lloraba por la niña, lloraba por ella, lloraba por la situación fuera de control, pero entendiendo ahora quien era esa pequeña.

- Matilda – dijo, la suave voz de una enfermera que se acercó y le apretó el hombro con una mano reconfortante –. La doctora te está esperando – la calidez palpable en su tono.

Matilda, se descubrió la cara mirando a la niña quien la observaba con ternura mientras la enfermera abría la puerta de la consulta. De un pequeño salto, agitando el holgado vestido, la niña aterrizó en el suelo ahora la convicción en sus ojos.

- Vamos, Matilda, no estás sola, lo haremos juntas, cómo siempre lo hemos hecho – sonrió, acercándole su pequeña mano.

Miró la mano, miró la niña, reconociendo a esa persona quien a veces olvidaba pero que siempre la acompañaba en su corazón, en sus recuerdos, en su dolor. Y, temblorosa, le cogió la mano y la apretó mientras se levantaba acercándose a la puerta. Ambas de la mano, ambas preparadas para seguir el camino que se les presentaba, nunca solas siempre acompañadas.